

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR BELISARIO
PORRAS, COMO PRESIDENTE DEL CONSEJO MUNICIPAL,
EN LA SESION SOLEMNE DE ESTA CORPORACION
EL DIA 3 DE NOVIEMBRE DE 1905**

(Sarah Bernhardt)

Señores:

Acabáis de oír leer el acta de Independencia del Istmo de Panamá de la República de Colombia, y ahora permitidme que en cumplimiento de un deber, como Presidente actual del Concejo Municipal que la expidió y la dio a conocer al mundo, os diga una palabra acerca de ella.

Es indiscutible el derecho que tuvo el Istmo para separarse de la nación con la cual vivió unido por cerca de un siglo, nación cuya libertad y cuyas glorias que ha amado lo atrajeron de un modo irresistible cuando en 1821 llenaban el orbe con su fama los héroes colombianos. Ese derecho que es el que tiene cada pueblo unido por vínculos etnográficos para constituirse en nación, en Estado separado, forma el principio de las nacionalidades que nadie discute ya y de que ahora mismo ha hecho uso Noruega contra Suecia con la cual compartió también por cerca de un siglo reveses y fortuna.

Nació como todos los principios políticos, de una reacción, la reacción contra el espíritu de la conquista; creció envenenando la lucha por mucho tiempo hasta la unidad de Italia, y hoy es un sentimiento razonable, una idea que se apoya en el patriotismo, en el amor a la libertad y sobre toda una serie de necesidades morales.

Tratándose de pueblos oprimidos se puede citar, para mostrar su cumplimiento, la reacción de Europa contra Francia, la de Grecia contra Turquía, la de Polonia contra Rusia, la de Italia contra la Metrópoli que las fundó, se tiene el ejemplo de todas las regiones de España en el Norte, Centro y Sud América, y las de Inglaterra en el Norte de este continente.

He aquí lo que leo a este respecto en un libro viejo, pero muy bueno, que se imprimió precisamente en 1821: *La Italia en el siglo XIX*: “El sentimiento de independencia nacional es todavía más general y está más profundamente grabado en el corazón de los pueblos que el amor de una libertad constitucional. Las naciones más sumisas al despotismo experimentan este sentimiento con tanta vivacidad como las naciones libres; los pueblos más bárbaros lo sienten con más viveza aún, que las naciones civilizadas.

Los firmantes del acta de independencia de Cartagena dicen:

“Agotados ya todos los medios de una decorosa conciliación, y no teniendo nada que esperar de la nación española, supuesto que el gobierno más ilustrado que puede tener desconoce nuestros derechos y no corresponde a los fines para que han sido instituidos los gobiernos, que es el bien y la felicidad de los miembros de la sociedad civil, el deseo de nuestra propia conservación y de proveer a nuestra subsistencia política, nos obliga a poner en uso los derechos imprescriptibles que recobramos con las renunciaciones de Bayona y la facultad que tiene todo pueblo de separarse de un Gobierno que lo hace desgraciado”.

A propuesta de Enrique Lee, los diputados de las colonias inglesas de Norteamérica, dijeron: “Creemos ser una evidente verdad que todos los hombres han sido creados iguales, con derechos inalienables, entre los cuales se cuentan la vida, la libertad y el derecho de descubrir la felicidad. Para asegurar estos bienes se instituyeron gobiernos, cuyo legítimo poder deriva del consentimiento de los súbditos; por manera que, siempre que una forma de Gobierno contraría estos fines, al pueblo toca el alterarla o abolirla, fundando otra nueva, apoyada en los principios indicados, y ordenándola del modo que le pareciere más conducente a su bien y seguridad... Cuando una larga serie de abusos y de usurpaciones, dirigidos a un mismo fin, revela el designio de llegar al despotismo, es un deber el destruir tan mala clase de Gobierno, y proveer con nuevas instituciones a la propia seguridad...”.

En las colonias españolas se cebaban, según Quintana, una atroz codicia y una inclemente saña; pero no así en las inglesas: la Gran Bretaña veía en sus colonias, no esclavos a quienes explotar, sino pueblos libres que gozaban de grandes privilegios.

La lucha que se inició en las primeras fue de verdadera emancipación; en las inglesas surgió por un asunto de impuestos que valían una bagatela y causaban poco disturbio a los colonos; pero éstos eran de aquellos hombres para quienes las incomodidades del alma son las más amargas y las que no se saborean, ni les gusta el reposo adquirido a costa del honor.

En carta de Jorge Washington para Brian Fairfax hayamos esto de ese tiempo: “¿De qué se trata y por qué disputamos? ¿Es acaso exorbitante el impuesto de seis sueldos por libra de té? No por cierto; pero lo que nosotros cuestionamos es el derecho”. Ese derecho provenía de que, según la Constitución inglesa, nadie paga contribuciones sin haberlas votado, y de que una larga costumbre había hecho creer que los anglo-americanos debían estar exentos de ellas, cualesquiera que fueran, cuando no lo consintiese su Asamblea.

Estudiando frívolamente el movimiento de independencia iniciado y cumplido el 3 de noviembre de 1903 podría incurrirse fácilmente en graves errores. Si se considera, por ejemplo, que al constituirse el Istmo en Estado independiente ha adoptado las mismas leyes colombianas y que su constitución política es un trasunto o copia de la de aquella nación, salvo en cuanto a la libertad del pensamiento que ha sido reconocido en la nuestra, podría creerse que por poca cosa había roto el Istmo los vínculos de una larga vida común con Colombia, y no podría explicársele por la sola gloria de formar una nación.

El principio de la nacionalidad no es tan absoluto; su fuente ha de surgir de la justicia o del sentimiento de la dignidad personal. Para la Grecia antigua todos los extranjeros eran bárbaros; para la primitiva Roma, enemigos, pero hoy no se justifican la hostilidad, la separación o el aislamiento de los pueblos por el solo odio, por ejemplo.

Creeríase por ventura que había lugar a separarse de un país en donde reina la libertad para unirse a una nacionalidad de la misma raza, pero gobernada por un déspota? Un grupo de hombres que obrase así, podría ser considerado como de una marcada inferioridad y en retroceso.

Si no pudiéramos salir del supuesto considerando, si no pudiesen señalarse las causas capitales y decisivas del trascendental suceso que conmemoramos, resultaría algo más grave aún, porque

siendo el Istmo de Panamá una nacionalidad poco numerosa, habría cometido un acto del todo impolítico, separándose de un Estado más grande con la sola ira de constituir una ilusoria comunidad independiente, pues los Estados pequeños no tienen sino una independencia de tolerancia.

Pero esto no es así, señores: el movimiento de independencia, iniciado y cumplido el 3 de noviembre de 1903 no debe ser considerado ni con frivolidad ni con pasión. Antes de 1821, fecha de la emancipación de España, la usurpación en el Istmo no se cubría el rostro como no se cubría en Francia antes de la catástrofe del despotismo en 1789 que había establecido privilegios y consagrado la desigualdad humana por medio de la ley. Privilegio es ley que no conviene sino a un individuo, de *privus*, particular y *legium*, ley, esto es ley personal, de excepción y de favor.

En esos tiempos los privilegios significaban las distinciones útiles u honorables de que gozaban ciertos miembros de la sociedad y de los cuales estaban privados todos los demás. Pero después de esa fecha, políticamente hablando, esa palabra no tuvo empleo legal alguno. La proclamación de la independencia consignó el reconocimiento de todos los derechos humanos y la usurpación quedó vencida y desacreditada. Con todo, continuó existiendo aún, dándose sus trazas hasta conseguir, con la propia máscara de la ley, restablecer en el hecho las distinciones útiles u honorables en beneficio de ciertos miembros de la sociedad.

Sin fuerzas optó por la astucia, y aunque la ley consagraba el derecho, de él aprovechaba solo un corto número de privilegiados. De nada servía decir que la correspondencia era inviolable, porque fueron instaladas las famosas *chambres noires*; de nada la libertad de palabra, porque toda palabra era recogida por el delator; de nada en suma, que se reconociese a los ciudadanos el derecho del sufragio, porque era anulado el voto y no obtenían el puesto de elección popular los que escogía el pueblo sino otros, fáciles instrumentos para perpetuar la usurpación.

Puede decirse que este régimen de mentiras legales llegó a tener en el Istmo durante los últimos diez y ocho años que precedieron al 3 de noviembre de 1903 su imperio más absoluto.

Durante él no pudo el Istmo mantener en el Congreso colombiano un solo representante genuino suyo. Todos recordarán con intenso dolor en el alma los tres años de guerra que hizo el Istmo para restablecer el imperio de la verdad, por hacer eficaz la ley, por poner coto a los avances de la enmascarada usurpación. La guerra fue general en Colombia por esta causa; pero en el Istmo fue unánime; los pocos auxiliares que tuvo en él este falaz régimen de la ley no resistieron esa guerra, porque no contaron con nadie para ello. Estaban solos! Para combatir las huestes que levantó el Partido Liberal, los agentes de la regeneración colombiana tuvieron que aportar batallones y regimientos de otras secciones, de Antioquía y del Cauca, de Santander y del Tolima. En el Istmo no hayaron un solo soldado!

Pero nuestra Revolución fue vencida, y cuando el Istmo vio que quedaban sacrificados sus derechos en un tratado y que morían sus esperanzas con los ultrajes, en forma armada, y con el asesinato jurídico que le siguieron, su desesperación fue inmensa. En la antigüedad para escapar a un estado tal de servidumbre se apelaba al suicidio...

“Anteveo, dijo Aruncio al darse la muerte al principio del reinado de Calígula, se negó a una servidumbre más rigurosa, y así me resuelvo a librarme a un mismo tiempo de las pasadas y venideras miserias”.

En diversas épocas los hombres desposeídos de sus derechos han apelado igualmente a la emigración. Masas considerables de hombres huían todavía ayer de los vastos dominios del Czar. Pero estos son recursos terribles e ineficaces; el suicidio es un crimen horrendo, y el ostracismo, aunque voluntario, el peor de los castigos.

En el caso del Istmo presentósele al pueblo una coyuntura feliz de ponerle término a sus males. De entre los auxiliares de la Regeneración Colombiana surgieron algunos hombres como Manuel Amador Guerrero, Esteban Huertas y otros que se habían convencido de los estragos del terrible régimen, y uno de ellos, José Agustín Arango, concibió el plan de independizarlo y lo puso por obra. No lo fraguó para su provecho y beneficio de los suyos; tan sincero fue que buscó para que lo secundaran precisamente

a los vencidos del día anterior, Carlos Mendoza y Eusebio Morales, que fueron el cerebro del movimiento –proporción guardada, los Jefferson de la independencia istmeña, los que organizaron el país y redactaron las actas y documentos, como el que acaba de leerse–; a Domingo Díaz y a algunos más que fueron el brazo más fuerte de ella. Pudo así realizarse la separación del Istmo de Colombia; con el apoyo decisivo de los desposeídos, porque precisamente eran ellos los que reclamaban libertad; con su poderoso esfuerzo porque eran los más y los más fuertes también, esfuerzo que no le habían negado a esa misma causa de la libertad en los tres años precedentes de angustias, de renunciamiento, de abnegación y de sacrificios en que vivieron.

Así me explico, y sólo así, esta separación, perseguida y consumada por la concordia de todos los istmeños, por obra de convencimiento y con el propósito de cambiar de rumbos en el Istmo, de adoptar las prácticas puras de la justicia y de la verdad.

La adhesión a Colombia era profunda, pero había que proveer a la propia conservación. Colombia se deshacía como un Lázaro, y a la manera de los cartageneros, refiriéndose a España, los istmeños en 1903 no tenían ya nada que esperar de ella. Bolívar decía: *“Sirvamos la patria nativa y después de este deber coloquemos los demás”*. Montesquieu decía también: *“el amor de la Patria es común a todos los hombres, y el país natal, sea el que fuese, es siempre preferido a toda otra cosa”*. Franklyn, en fin, afirmaba esto: “es tan natural al hombre adherirse a su patria y aficionarse al lugar de su nacimiento, al aire de su país, a los alimentos, a las costumbres y usos de los que le rodean que no puede desprenderse de estas cosas sino a fuerza de duros tratamientos, de injusticias y de indignidades”.

¿Qué hacer con esa profunda adhesión cuando bajo el combatido régimen que acababa de triunfar a bordo del *Wisconsin* no había en el Istmo ni podía alcanzarse eficacia para los sagrados derechos humanos? *El sentimiento de la Patria grande se había relajado en él por la opresión, por la delación y por las persecuciones, de tal modo que se soñaba con otra patria ideal.*

Hasta entre los primeros progenitores de América las mismas causas produjeron idénticos efectos. He aquí; lo que sostiene Henry Thomas Bucle en su Historia de la Civilización de Inglaterra, acerca de México y del Perú: “A pesar de diferencias menos

importantes, los dos países se entendían sobre este punto: que no había sino dos clases superiores, es decir, los tiranos, y la clase inferior, es decir, los esclavos. Tal era la situación de México y en el Perú, cuando fueron descubiertos por los europeos, situación que existía indudablemente desde los tiempos más remotos. Este estado de cosas había llegado a ser tan insoportable que poseemos la evidencia más decisiva de que el descontento general del pueblo fue una de las causas que facilitaron los progresos de la invasión española y precipitaron la caída de esos imperios”.

El secreto de este relajamiento está en que la Patria no existe sin la libertad. Los Gracos y los Escipiones, bajo la tiranía de Calígula, no habrían mirado a Roma como a su Patria. Los que viven bajo el despotismo oriental en donde no se conoce otra ley que la voluntad del soberano, ni otro principio de Gobierno que el terror, en donde ninguna fortuna, ni ninguna cabeza están seguras, esos no tienen Patria. En otros términos, en donde no existe la libertad política habrá una manada de esclavos pero no un pueblo de ciudadanos. Bigmon afirma que no hay Patria para los esclavos. Chateaubriand nos dice que cuando la libertad ha desaparecido queda un país, pero no hay ya Patria en él. En fin, el inmortal poeta del verdadero buen sentido Lafontaine, ha dicho:

“Nuestro enemigo es nuestro amo,
Yo os digo como buen francés...”.

Sería necesario añadir, para decirlo todo, que nosotros no tenemos otro enemigo real que nuestro “amo”, es decir, el que por la servidumbre nos priva de la posesión de nuestra propia persona. ¿A qué títulos podría amarse un Estado opresor, que no deja margen al ejercicio de nuestras facultades, que no da a nuestros intereses ninguna garantía cierta?

He aquí por qué, –y esta es la faz más importante del suceso que conmemoramos–, en todas las épocas y en todos los pueblos se ha visto encenderse y fortificarse el patriotismo, apagarse o declinar con libertad. La Suiza con sus cultos rivales con sus partidos que a veces han tomado las armas, con sus tres razas que simpatizan poco entre sí, tiene, sin embargo, una unidad patriótica incomparable porque es libre.

La Francia de Luis XV tenía un patriotismo de poca monta; sus más ilustres filósofos, como Voltaire, no temían expresar sus simpatías más vivas a Federico II, vencedor de los ejércitos franceses o a Catalina de Rusia que comenzaba ya a amenazar el equilibrio europeo. Ilustraban su patria esos filósofos, pero no le consagraban ningún culto, porque ella gemía encorvada bajo el yugo de un gobierno, si no despótico, al menos arbitrario. Treinta años más tarde esa misma Francia llegó a ser libre por la Revolución, y entonces forjó catorce ejércitos de voluntarios para defender su suelo amenazado.

Habría sido, pues, fuera de razón aconsejar al Istmo en 1903, cuando veía violar los tratados de paz, cuando la soldadesca desenfrenada empastelaba imprentas y maltrataba, vejaba y escarnecía a sus escritores públicos, cuando se cometía en una de nuestras principales plazas el más atroz de los asesinatos jurídicos de que hay ejemplo desde Balboa para acá,^() y todo esto al día siguiente de su vencimiento en la guerra, por la reivindicación de sus derechos, que pensara primero en la Patria grande antes que en su libertad.*

No solamente las sanas doctrinas morales protestan contra semejante consejo sino que es contradictorio desde el punto de vista práctico. El patriotismo tiene esta feliz necesidad: que no puede desarrollarse ni aún sostenerse sino por el sentimiento que lo depura, y ese sentimiento es el amor a la justicia, es decir, al derecho, todavía más, a la libertad.

Si esto era así en el Istmo, como lo fue, y si efectivamente se persiguió un cambio de rumbo; si se quiso poner término al régimen de la delación, de las persecuciones y de todo género de violaciones del derecho, desde el secreto de las cartas hasta el sufragio, en que por desgracia hemos vivido por más de veinte años, el anhelo y el esfuerzo de fundar una Patria en Panamá quedarán justificados. Los próceres de ese movimiento de independencia podrían decir entonces ciertamente con tranquilidad lo que el General San Martín al descender

(*) Belisario Porras al hablar de este asesinato jurídico, se refiere al fusilamiento del cholo coclesano Victoriano Lorenzo, fusilado el 15 de mayo de 1903, muy a pesar de los compromisos del Tratado de Paz de Wisconsin, que puso fin a la Guerra Civil de los Mil días.

espontáneamente del alto puesto a que se había encumbrado: “en cuanto a mi conducta pública mis conciudadanos dividirán sus opiniones, como en lo general de las cosas: a su posteridad le corresponde el fallo definitivo”.

Señores, solo me resta expresar un vivo anhelo de mi corazón, y es este: el de que esta tierra que he amado siempre, haya lo que haya habido en ella, tierra en donde se meció mi cuna, en donde amé a mi madre y en donde conocí a Dios, llegue a ser realmente una Patria para todos los istmeños, como yo la concibo y acabo de describirla, y sea además, como está llamada a ser por la misma naturaleza, emporio del universo y lugar de cita de los hombres y de los pueblos, no tanto por su comercio y su riqueza, que han de ser muy grandes, cuanto por el culto que se rinda en ella a la justicia, a la libertad y al derecho. Un símbolo la representa ya como el lugar en donde se dan la mano dos continentes. La ingeniería hará que en ella se den un día un ósculo de unión los dos océanos. ¿Por qué no ha de ser también refugio de libertad y de amor para todos los hombres?

Comencemos por imitar a los romanos que pusieron término a sus guerras civiles y a sus desavenencias, levantándole un templo a la Concordia. Hagámosle uno a ésta para que anualmente un día como hoy, vayamos a él a hacer el recuento de nuestra fortuna por el reconocimiento que hagamos de que la República es de todos y para todos, como por haberle puesto fin a esta saña implacable con que nos tratamos todo el tiempo.

Nos favorece para realizar tales votos el que la independencia fue llevada a cabo de un modo pacífico, sin derramamiento de una sola gota de sangre, al amparo de una nación generosa y fuerte que se ha distinguido siempre por su amor al derecho y que hoy garantiza el orden y la paz entre nosotros.

Salvo unas pocas voces que luego han aceptado los hechos cumplidos, fue consumada de un modo unánime y sin resistencia de nadie. Debiéramos, pues, proseguir la obra de consolidación del país, inspirados en los mismos sentimientos de unión, de fraternidad y de tolerancia con que fue iniciada.

Por la unión ha llegado el Istmo a ser nación independiente; pues por el amor solo podría alcanzar su dicha. El odio es estéril y preside únicamente a la destrucción. Por la simpatía surge el

agua de las rocas, se cubren de flores los mismos desiertos arenales y se abaten o aplanan las murallas que aislan, hacen débiles o infelices a los hombres. El amor, o su mejor forma, la concordia, es la vencedora del mal y la fortalecedora del bien. Unánonos y no tengamos para el Istmo sino un solo cerebro y un solo corazón.

Hagamos de modo que la solidaridad se extienda y sea evidente; hagamos de manera que los cuatrocientos mil habitantes que pueblan el Istmo, reunidos en un mismo pensamiento, impulsados por las mismas necesidades, animados por las mismas esperanzas, gocemos todos de los mismos derechos, nos encendamos con las mismas pasiones y asociemos nuestro esfuerzo para alcanzar este mismo gran fin de conservarlo para nuestros hijos, de engrandecerlo y de hacerlo feliz!

DISCURSO DEL DOCTOR BELISARIO PORRAS A SU REGRESO A LA PATRIA (1918)

Señores y amigos:

Con cuánta alegría y con cuán honda gratitud me veo ser objeto de vuestras manifestaciones de simpatía. Para un hombre público, aunque sea muy modesto, que regresa al país, después de haber vivido, como se vive generalmente fuera de él, en medio de las multitudes anónimas de las grandes ciudades, no puede haber nada más satisfactorio que esto: ser recibido con manifestaciones de júbilo, como un compatriota conocido y amado, componer algo en el país y creerse, por todo esto, de alguna utilidad para sus conciudadanos.

Como no puedo creer, pues, que se trata de dar la bienvenida a un hombre privado, y la que se me da hoy con luminarias, discursos, músicas y vivas me hace recordar las de los viejos días ya idos, cuando luchábamos vosotros y yo por alguna causa política, o cuando celebrábamos las victorias alcanzadas, después de grandes y renovados empeños, y como por lo demás me es imposible darme por ignorante de lo que pasa en el país, no puedo reducirme a daros las gracias por vuestra actitud generosa, sino que me creo obligado en tan solemne ocasión a hacer unas cuantas declaraciones necesarias.

Desde luego debo manifestaros que conozco completamente en su integridad los detalles de la agitación que ha venido reinando en la República desde sus primeros años. Causada por cierta ambición que ha sabido insinuarse en el ánimo de algunos de nuestros compatriotas con visión de corto plazo, pero con habilidad sorprendente para tomar posiciones ventajosas, pero que no ha encontrado eco en la opinión nacional.

La ambición de llegar a ser en sí misma, como todas las otras, es a las acciones humanas, como el viento a la navegación, que hincha la lona de la vela, y que con un buen timón, que es dar la nave a través del proceloso océano. La ambición no tiene nada de vituperable, es parte de la vida republicana democrática. Algunos le temen a ese vaivén de multitudes, pero no puede haber salud pública, sin el debate.

El Presidente Wilson dice que para elevar el nivel político, se hace preciso mover a las masas ante todo. Es inconcebible en verdad una democracia, sin luchas, sin sacudimientos, sin caídas, sin triunfos, sin diferencias.

Imaginaos por un momento quietos los océanos, serían como inmensos estanques de agua en descomposición, en donde sólo reinaría la muerte.

Lo malo en esas luchas por el dominio de las ideas o por el de una ambición, está en el régimen de gobierno, que debe ser del pueblo y para el pueblo. No creemos en el vocerío de la envidia y del odio, que hace de la lucha más que un debate de ideas y principios, en una alborotada gallera de pueblo.

La situación tormentosa de que hablo, existe, reconozcámolo, y declaremos que la vamos a enfrentar sin violencia, pero también sin ningún miedo, serenos, resueltos. Será una nueva justa, entre nosotros, respetando los derechos populares, y en una nueva prueba a que estará sometida nuestra patria, en que sin duda saldrá airosa la democracia.

Aparte de lo dicho, creo, a mi modo de ver, que no debe haber en nuestro país ni porrismo, ni valdecismo, ni chiarismo, en esta lid, no hay tampoco ninguna lucha entre liberales y conservadores, y que sólo existe un problema político, y es el de la reforma de la Constitución, para capacitar a ciertos aspirantes para que puedan ser Presidentes de la República. Como si en este país ello fuese indispensable.

Aún cuando todavía me siento con energía bastante para librar algunas batallas políticas más y poseo entusiasmo y esperanzas, con que ganar del mismo modo algunas victorias, también quiero que se sepa quedo he regresado al país por mí mismo, por ningún interés personal, ni con el intento de forzar la opinión en mi favor. Mi sola ambición hoy, después de haber pasado por todas las alturas y de haber probado todas las amarguras, y todas las satisfacciones políticas, es la de ver engrandecida y consolidada nuestra patria, libre de amenazas, de exigencias y de humillaciones.

Si he regresado hoy, lo he hecho como lo hice otras veces, antes de ser Presidente de la República, por un deber para con mi país, a confortar a mis conciudadanos en el optimismo y en la fe

y aconsejarles a mis copartidarios, que no se descorazonen ni se amilanen, y prosigan hiriendo como hasta aquí, tajando, como decía el gran Lincoln, en la misma línea, y dejando que las astillas, las virutas y las briznas caigan, donde puedan caer.

En fin, Señores, me regocija ver que se hace copartícipe de esta manifestación al Presidente de la República, mi amigo de muchos años, el Dr. Ramón M. Valdés.

Allí leo en un farol una VIVA para él, y sé que al separarnos ahora, pasaréis por su morada a manifestarle nuestras simpatías.

Todo esto me prueba que la cizaña que han estado sembrando nuestros comunes adversarios, con no muy buenas artes, para separarnos, no ha encontrado tierra fértil para crecer y fructificar, pues continuamos siendo los mismos de ayer, él, vosotros y yo, confiando todavía en la lealtad y en el reconocimiento del noble compañerismo que nos ha venido uniendo.

Un hombre como el que ha tenido la generosidad de tenderles la mano, invitándolos a la concordia a los adversarios que lo combatieron y se opusieron a su paso, no es, ni puede ser el que repudie a los amigos y adictos, que lo elevaron con todo género de sacrificios a la altura en que se halla.

Yo tengo la seguridad de que cuando termine su período hará con la viva satisfacción de haber cumplido para con la Patria, con absoluta fidelidad, exento de todo reproche de ingratitud, con sus adherentes y buenos amigos.

Señores, recibid la expresión de mi más profundo reconocimiento por esta grandiosa manifestación, que me abrumba y que compromete mis acciones, y estad seguros de que soy del todo vuestro.

**PALABRAS DEL DR. BELISARIO PORRAS, EN EL ACTO DE
INAUGURACION DEL MONUMENTO A CERVANTES
EN ESTA CIUDAD, EL DIA 21 DE ENERO DE 1923**

Señores:

Fue en el año de 1916..., a raíz de la celebración de los Primeros Juegos Florales, cuando surgió el pensamiento de erigir un monumento a Miguel de Cervantes Saavedra.

Emprendimos la tarea de levantar este monumento con una suscripción popular, a cuyo fin fue designada la Comisión organizadora de aquel torneo de cultura.

En el año de 1920 se colocó la primera piedra de este monumento que hoy se acaba de descubrir.

La Sociedad Española de Beneficencia y el pueblo de Panamá contribuyeron con sus donativos para hacer una realidad este monumento, pero la nota sentimental y de mayor simbolismo de esta suscripción la ofrecieron los once mil niños de las escuelas públicas de la República, y que encerrada en una doble caja ha sido colocada bajo la estatua, para que le sirva de pedestal.

Al transcurrir de los siglos, cuando se desmorone este monumento, bajo la acción implacable del tiempo, bajo sus escombros se encontrará esta caja que es el homenaje de las nuevas generaciones a Cervantes.

Este monumento es el sagrario de nuestro idioma y de nuestra raza.

Conservad este monumento a Cervantes con el fiel cuidado que requiere lo que constituye la base fundamental de todas las naciones, caracterizada por las instituciones de la cultura.

**DISCURSO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR DR. BELISARIO
PORRAS, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE PANAMA,
EN OCASION DE LA COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA
DEL INSTITUTO CONMEMORATIVO GORGAS DE MEDICINA
TROPICAL Y PREVENTIVA EN PANAMA, REPUBLICA DE
PANAMA, 18 DE FEBRERO DE 1923**

Experimento una profunda satisfacción al ver que me corresponde el alto privilegio de colocar la piedra fundamental del Instituto de Medicina Tropical que Panamá dedica a William Crawford Gorgas, para perpetuar su memoria aquí en las orillas del turbulento Pacífico y en íntima proximidad a esa vía pública que —precipitadamente en épocas pasadas como perseguida por el fantasma de la muerte, y lentamente hoy día como si lamentara la brevedad del tiempo que los obliga a renunciar a los encantos de nuestro clima benigno y uniforme, a la inalterable belleza de nuestros verdes campos y al incomparable azul de nuestro cielo— ha sido utilizada por los hombres de todas las nacionalidades para quienes Gorgas sólo abrigó sentimientos de profunda humanidad que prevalecieron siempre por sobre todo prejuicio de raza, nacionalidad, cuna o alcurnia.

Este sentimiento de satisfacción que experimento ahora se deriva primordialmente del hecho de que fui un amigo de este noble hombre cuya memoria veneramos en esta ocasión, y que como tal estuve en una posición admirable para juzgar de lleno la fuerza de su noble y buen corazón; y, además, siendo uno de los hombres de aquellos días que vivió en nuestro medio ambiente, estoy en mejor capacidad de apreciar de lleno la obra de sanidad, vida y felicidad que este noble hombre llevó a cabo en mi país.

El monumento que erigiremos aquí, será una expresión de la gratitud de Panamá hacia el hombre que demostró, más allá de los límites de la duda, que los trópicos podían convertirse en sitios habitables para todas las razas de la tierra. Nosotros tenemos una deuda de gratitud para con el genio de Gorgas por haber transformado a Panamá de una región asolada por las fiebres, en el paraíso en que vivimos hoy día. Por lo tanto, consideramos que Gorgas hasta cierto punto nos pertenece también, puesto que fue en esta tierra donde vio coronado por el éxito su gran esfuerzo de aliviar a una humanidad doliente.

Es privilegio de los grandes hombres, sabios, descubridores, héroes y mártires cuyas actividades, enseñanza y ejemplos no están circunscritos a los estrechos confines del país de su nacimiento, y cuyas hazañas en el mundo han sido benéficas para la mayoría, si no para toda la humanidad, que se les ame universalmente. Tales hombres, y Gorgas fue uno de ellos, no pueden ser ciudadanos de una ciudad, población o villa en particular, puesto que todas las ciudades y todas las naciones los reclaman; ellos son los verdaderos ciudadanos del mundo.

En el caso de Esculapio, cuando consideró necesario apelar a los servicios de un oráculo para determinar cuál de las ciudades de la antigua Grecia que se disputaba el honor había sido cuna de su nacimiento, y en el caso de Cristóbal Colón que había sido declarado italiano, español y más recientemente judío, el lugar del nacimiento de Gorgas, según se me ha informado, se lo disputan los Estados de Alabama y Georgia. Sin embargo, Gorgas no pertenece exclusivamente a los Estados Unidos de Norte América donde recibió su educación. Cuba y Serbia, Bulgaria y el Ecuador, Panamá y el Africa del Sur, todos lo reclaman como resultado de haber vivido y trabajado entre ellos para beneficio de la familia humana.

La obra llevada a cabo en el mundo por el eminente Gorgas, es inmensa, inconmensurable. De Hipócrates puede decirse que fue el primero en divorciar la medicina de la superchería y del misticismo eclesiástico de sus tiempos; de Galeno, que fue un gran médico y escritor al cual se le atribuyó la publicación de unas 500 obras que tendían a popularizar la práctica de la medicina; del sabio Pasteur, de Lock, Ramón Cajal y Cajal, Ehrlich, Finlay y Rose, que penetraron hondamente dentro de los cultos secretos de lo invisible; el mundo infinitesimal de Metchnikoff que desarrolló la famosa teoría del fagocito y que en compañía con Roux, Chamberland y Calmette coadyuvó y continuó la obra del gran Pasteur; pero ¿cómo podríamos describir a Gorgas, que solucionó el aparentemente imposible problema de hacer habitables los trópicos y que vino a complementar la maravillosa obra de Dios que nos creó para que viviéramos en la tierra y fuéramos felices en ella? Gorgas destruyó las moradas de la muerte, nos proporcionó

agua para beber, purificó el aire de nuestros exhuberantes bosques tropicales y de muestras ciudades coloniales. En una palabra Gorgas redimió los Trópicos.

Todavía recuerdo, y aún me parece como horrible pesadilla, cuando hace 50 años en que me dirigía a Bogotá a terminar allí mis estudios tuve que pasar una noche en Colón. Me fue imposible conciliar el sueño debido a las continuas y atormentadoras picaduras de los mosquitos, cuyo incesante zumbido hería mis oídos como las notas discordantes de una serenata infernal. Estos diminutos tormentos eran tan numerosos que sacando la mano los podía agarrar a montones. Tampoco puedo olvidar las condiciones que prevalecían cuando regresé del colegio diez años más tarde y entré a prestar mis servicios en la compañía francesa del Canal. Desde ese momento pude darme cuenta, o a lo menos sospechar, la causa predominante del fracaso de dicha compañía al tratar de construir esta vía transístmica. Ellos construyeron lindas residencias, hermosas avenidas de árboles, y organizaron muy bien sus oficinas, pero no hicieron nada, en efecto no conocían nada, acerca de la sanidad tropical y probablemente nunca sospecharon lo que valía.

En esos días del pasado era costumbre muy natural pasearse en los alrededores de la ciudad llevando un pañuelo en la nariz para evitar el olor que resultaba de la vegetación podrida, de los pozos de agua estancada y putrefacta, y de las alcantarillas primitivas o defectuosas. A cada momento se encontraba uno con amigos que iban apresurados a la casa, víctimas de los escalofríos del paludismo o de cualquiera otra fiebre perniciosa; en cada calle se encontraban personas vestidas de luto, con las señales de tristeza y de desesperación hondamente impresas en sus facciones; y diariamente se oía el lúgubre tañir de las campanas de la iglesia que anunciaban la muerte de un amigo o de un pariente; o con frecuencia se le llamaba para asistir a los servicios religiosos por el descanso del alma de un amigo que había desaparecido víctima de los miasmas mortíferas de nuestra insalubre tierra tropical.

Sin embargo, gracias a William Crawford Gorgas aquellos días han desaparecido para no volver y nuestra tierra tropical se ha convertido en uno de los lugares más saludables del mundo.

En los días de la antigua Grecia se erigían templos y monumentos en las montañas y en los arroyos de la salud, en honor de Esculapio, el dios de la Medicina. A estos sitios de veneración y acción de gracias acudían infinidad de personas enfermas y afligidas a ofrecer sacrificios y a depositar ofrendas en sus altares. Y es un templo como éstos el que levantaremos aquí a manera de un testimonio imperecedero a la memoria del hombre que trajo tantos beneficios a los habitantes del Istmo y al mundo tropical en general.

Sobre esta primera piedra se elevará un grandioso templo dedicado a este hombre, a él acudirá una incesante cadena de peregrinos, compuesta no sólo de nuestros compatriotas enfermos, sino también de todos los miles de afligidos que vendrán de todos los países tropicales a buscar salud con absoluta fe en el nombre de Gorgas. Y luego regresarán a sus hogares sanos y felices con lágrimas de gratitud en sus mejillas y bendiciendo a nuestro querido país y a la noble y humanitaria obra de William Crawford Gorgas, benefactor de la humanidad y redentor del mundo tropical.

DISCURSO DE BELISARIO PORRAS EN EL ACTO DE INAUGURACION DEL MONUMENTO A FRANCIA, 4 DE DICIEMBRE DE 1923

Señoras, Señores, Sr. Embajador de Francia en Panamá.

Mi regocijo al poder entregar este sitio, después de haber concurrido aquí en dos oportunidades para afirmar su consagración, es más grande que lo que se pueda decir en palabras. Una representación como la que vos encarnáis, se conjuga con nuestros sentimientos nacionales, siendo motivo de orgullo para cada uno de los presentes.

Sintetizáis la correspondencia de un homenaje que Panamá tributa a Francia, en recuerdo de la portentosa obra, que es hoy el alma de nuestra nacionalidad, y como Primer Magistrado, me ha cabido la honra de iniciar y ver concluido el monumento que hoy inauguramos oficialmente en este lugar que tantas añoranzas evoca para nosotros, como solar de viejas tradiciones istmeñas y que en adelante con sus mármoles y bronces dirá de nuestra admiración y gratitud hacia quienes aquí lucharon y murieron —héroes callados— en una cruzada civilizadora cuyos resultados se lograron obtener, pero en el que no obstante, tienen ellos legítima participación, porque fue su trabajo científico y material, el que fijó el rumbo y trocó en realidad lo que parecía una obra de cíclopes.

Y nada más justo que inmortalizar este simbólico monumento, que domina la entrada del Canal Interoceánico y a cuya obra dedicaron estos héroes la energía de sus esfuerzos.

Nosotros los panameños, miembros de esa gran familia de la raza latina, nos sentimos orgullosos de nuestra vinculación cultural tan íntima con vuestra Francia, y apreciamos lo que significó la creatividad y sacrificio de los ya lejanos días del Canal Francés, que nos preparó para poder alcanzar este inmenso bien.

Francia es en efecto nuestra Madre Espiritual y a ella le debemos gran parte de nuestras instituciones culturales, nuestras ideas filosóficas, y aún nuestros sueños de gloria y libertad.

Cuando niños, cuando apenas podíamos leer abrevamos nuestra inteligencia en las fuentes de la literatura francesa, poblando nuestra imaginación infantil con sus héroes legendarios, los de las historias caballerescas, de sus cuentos fantásticos, de sus ingeniosas fábulas y de sus novelas de aventuras.

La Historia cuando somos jóvenes se nos hace deslumbrante y seductora, por las acciones de los héroes, y desde entonces empezamos a impresionarnos por los acontecimientos de su vida política, devorando las páginas tormentosas y trágicas de una revolución que transformó la conciencia del hombre.

¿Pero quién no conoció a Pulgarcito, a la caperucita encarnada, a Barba Azul, a la cenicienta y al Gato con botas?

¿Quién no aprendió la vida de los doce pares de Francia? ¿Quién no recuerda las obras de La Fontaine, sobre todo al pasar por los campos de nuestro interior? Al oír cantar la cigarra, ensordeciendo el bosque en el mes de Abril? ¿Quién no lloró con Atala, con Pablo y Virginia? ¿Quién que fue a París no fue primero a visitar la tumba de Abelardo y Eloísa?

Yo no he podido olvidar nada de ellos; cuando era joven como muchos de mis compañeros, traté de imitar la nobleza de Bayardo, el real Athos imaginario, la decencia de Godofredo de Boullion, y ser tan valiente como el bravo de Orillon o D'artagan.

¿Cómo no admirar a Napoleón, a quien me parecía escucharlo al pie de las pirámides de Egipto, o asistir con él a la batalla de Austerlitz, y con él en fin viajar por las estepas de Rusia, despavorido y derrotado?

Yo estudié las Ciencias Exactas en textos escritos por franceses, la Economía Política con Juan Bautista Say, con Malthus, con Bastiat, y en política me hice Girondino impresionado por las narraciones de Lamartine y emocionado por la decapitación de tantos inocentes y brillantes teóricos doctrinarios.

Hay naciones que han ejercido su dominio sobre otras por la conquista y la colonización, imponiéndose por la fuerza en pueblos pobres, ignorantes y débiles; pero la nación francesa ha conquistado las naciones con sus ideas, entre nosotros, sin enviarnos expediciones guerreras, para hacer valer su voluntad o su autoridad o sus leyes, sino para conquistarnos con la influencia de su espíritu, las vibraciones de su vida y las grandezas de su ejemplo.

Creo oportuno repetir todo esto y lo que dije aquí la primera vez, al dar inicio a la consagración de este sitio.

La época es propicia para esta glorificación, pues aquí en nuestra tierra cayeron los héroes del teodolito, del portamira, del arquitecto y sus planos, de la brújula y el compás, de la pala del azadón y del pico, de la grúa y de todos aquellos a quienes puede hoy aplicarse los versos del poeta...

*“Es el rubí la sangre de los héroes
que en épicas faena, tiñeron el filon
con que el desangre, que hurtó la viña
a sus hinchadas venas, loor a los valientes
campeones que aquí perdieron su vida
entre los socavones”.*

En Francia se glorifica hoy a los héroes que cayeron ensangrentados defendiendo su patria en un combate, nosotros queremos hoy exaltar a los héroes del genio que soñó con realizar la obra colosal del Canal Interoceánico.

Unos y otros, los guerreros y los que murieron aquí sin ningún ruido, llenan el corazón de emociones por sus sacrificios.

“Los héroes de batalla del mundo han estado principalmente en el corazón de sus compatriotas, pues se destacaron en el campo de la guerra”.

Pero las hazañas de los precursores del Canal Interoceánico tienen en este momento y para las generaciones del mañana, un recuerdo que beneficiará a todas las naciones, para estos hemos consagrado *El Gallo de bronce, que canta un himno al sol, pregonando nuestro amor y nuestra fe por la inteligencia y la democracia: Libertad, Igualdad y Fraternidad.*

Este monumento complementa la del Almirante inmortal que desde el Atlántico custodia la entrada del Canal; El buscó la ruta a través del Istmo de Panamá, que los recursos de la ciencia han permitido construir hoy.

Eugenia de Montijo la emperatriz española de los franceses, creyó en los arrestos de su primo Fernando de Lesseps, constructor del Canal de Suez y a quien nadie disputará jamás la gloria de haber iniciado la obra del nuevo Canal, y que es y será por mucho tiempo la más portentosa obra de ingeniería del mundo!

Señor Embajador, decid al pueblo de Francia que en Panamá tenemos la más profunda admiración por esa Francia, progenitora de grandes ideales, y que es cuna de muchas de las mayores inteligencias que han iluminado el mundo.

Decidle al pueblo de Francia que los mármoles que hoy perpetúan la memoria de vuestros héroes de la civilización precursora del Canal, palpitarán en el alma panameña compartiendo los grandes éxitos que en el sendero de la libertad y del progreso continúan ensanchando el nombre de vuestra patria, para inspirar a los pueblos de occidente.

EL PRESIDENTE DE PANAMA Y LOS ARBOLES⁽¹⁾
**(Discurso pronunciado a los niños de las Escuelas
Oficiales de Panamá)**

Mis queridos niños:

Celebráis hoy la fiesta del árbol y vengo a asociarme a vosotros para contaros todas las alegrías, los afectos y las luchas que el árbol me ha dado.

Debéis saber que yo nací en el campo, en donde el árbol nace y crece, florece y da sus frutos por obra natural. Trepándome en sus más altas ramas, aspirando la fragancia de sus flores, saboreando sus deliciosos frutos y oyendo los susurros de su fronda, sus cuchicheos, sus silvidos, su canto y aún sus gemidos, me he familiarizado con él y he llegado a conocer sus secretos. Todos son benignos, frescos, fragantes, bulliciosos y alegres. Algunos conservan sus hojas eternamente verdes, con follaje tupido y sombras frescas y bienhechoras. En sus ramas los pájaros cantan, fabrican sus nidos y crían sus tiernos polluelos, y al pie de su tronco se abrigan y defienden al hombre y al ganado de los rayos quemantes del sol.

Habréis visto, queridos niños, las flores blancas, las rojas, las rosadas o con matices diversos, que lucen en potes en vuestras casas o en los jardines de la ciudad. Habéis visto también las estrellas relucientes que os miran desde el firmamento en las noches estivales. Alguien llama las últimas flores del cielo, y llama a las flores, las estrellas de la tierra. Unas y otras son de los más preciados dones de Dios; pero las flores son mudas al darnos su fragancia, lo mismo que las estrellas que en silencio misterioso nos miran desde lo alto.

El árbol no; el árbol nos habla cuando sesteamos a su sombra o cuando pasamos a su lado. Parece estar animado y nos saluda o nos da bienvenida, nos pide o nos cuenta sus alegrías con los

(1) Revista Municipal y de Intereses Económicos. La Habana, 15 de setiembre de 1923. El recorte reposa en los archivos del Dr. Porras. En Panamá se celebraba antiguamente el día del árbol cada tercer viernes de mayo.

gorjeos de sus pájaros, o gime de dolor en las borrascas. También grita y sangra cuando le hieren sus miembros como su tronco muere cuando lo cortan. El árbol derrama salud a su alrededor, debido a él los hombres que nacen en el campo en donde aquél crece y se multiplica, llegan a ser vigorosos, independientes e indómitos.

Qué triste y desolado sería el mundo sin los árboles... La tierra sería estéril, en él no habrían flores, ni frutos. El color verde, el anaranjado, el rojo, el amarillo, el rosado se verían sólo en el cielo. No llegaría él para fecundar la tierra. Las llanuras o el desierto no dejarían vivir al hombre en ellos.

Así, el árbol es compañero amable y generoso y dulce del hombre. Amadlo, ¡oh niños! El hombre comparte con él su propio espíritu. Yo conozco un cuento de la "Matita de Albahaca" de los tiempos de infancia, que muestra la creencia de esa estrecha e íntima conexión entre el hombre y el árbol. La había sembrado el mancebo al separarse de su casa, en busca de su hermana raptada por un gigante, después de recibir la bendición de su madre. Cuando era desventurado, las hojas de la Albahaca amarilleaban, se secaban y caían; y cuando gozaba de salud y salía triunfante de sus luchas, verdecían sus hojas, florecían con profusión e inundaban con su fragancia embriagadora los contornos todos del hogar.

Desde el comienzo de la humanidad el árbol ha merecido ser también objeto de profunda veneración. Primeramente lo colmó Dios en el Paraíso para enseñanza de bien y de mal. Después le ha servido al hombre para numerosos fines; para sus necesidades y para su abrigo, para su defensa, y para sus inventos, para su recuerdo y aun para sus inspiraciones. Entre nosotros todavía las palmeras que llamamos de La Libertad; a falta de estatuas de otros monumentos de bronce o de mármol hemos sabido sembrarlas en las plazas de nuestros pueblitos del interior para conmemorar con ellas nuestra independencia y la terminación del régimen de la colonia. En la bahía de Ozama, en Santo Domingo, se cuida todavía como una reliquia la Ceiba de Colón, a la cual amarraron las Carabelas en que el insigne Almirante descubrió el Nuevo Mundo. Otra ceiba milenaria en nuestro continente es la conocida con el nombre de árbol de la Noche Triste, por haberse refugiado

Cortés bajo su oscura sombra, después de la derrota que les infligieron los Aztecas a sus tropas. En Inglaterra se conservaba desde hacía siglos, con solícito cuidado, el manzano bajo cuya sombra estaba tendido Newton, cuando cayó la fruta que le permitió descubrir la ley de la gravitación, y también en Francia se cuidaba con fervor patriótico el árbol bajo el cual Juana de Arco cantaba y danzaba con los muchachos de su edad, en los días precursores de la epopeya que la ha hecho inmortal. Se conserva en Italia el Laurel de Virgilio, en la tumba del poeta mantuano. En Santa Elena el Sauce de Napoleón. En California, los árboles centenarios que atraen a los turistas en devoto peregrinaje. En Dodoma, Grecia, la encina bajo de la cual dormían los sacerdotes del templo antes de descifrar los oráculos, con el crujido de las ramas. Los vascos tienen instituciones y la fiesta del árbol en la Guérnica. En el Africa, siembran cerca de los templos los árboles sagrados y cuando mueren los vecinos abandonan la aldea que habitan. En fin, en Roma la secada de la higuera de Rómulo causó la mayor consternación.

Así ha sido el culto del árbol en casi todas las partes, menos entre nosotros, ¡oh niños! Esta fiesta que le hemos dedicado de un corto tiempo para acá, es completamente nueva en el país.

El agricultor panameño cultiva solo las tierras cubiertas de árboles, derribándolos para aprovechar la tierra que han abonado generosamente con su sombra y con sus hojas, durante muchos años. El buey que ha venido a nuestro Istmo, no ara la tierra, ni la ha arado nunca en el país. De modo que en lugar de la siembra de árboles, que no se practica, tenemos la derriba de ellos y la esterilidad comienza a sentirse entre nosotros por todas partes. Tenemos riachuelos, arroyos y quebradas que son de arena y cascajo en la estación seca y en la lluviosa, escasas lluvias remojan apenas nuestros rastrojos y llanuras deslumbrantes.

Conozco a un amigo en nuestro país, que fomentó en su pueblo natal una hacienda de ganado. Carecía de agua en sus terrenos y en el verano los ganados se morían de sed. Pensó entonces en sembrar árboles de sombra en las dos orillas de una zanja que tenía dentro de las secas llanuras de su posesión. Sembró aspavés, higueros, corotues, harinillos o cuscús, uvitos y muchos más, y un día cuando menos lo esperaba, al cabo de

algunos años de sembrados esos árboles y cuando ya daban sombra protectora a la zanja, notó que manaba agua de los dos flancos de ella, y otro día, al cabo de treinta años, la calcinada zanja se convirtió en un riachuelo de corriente cristalina, en donde abreva hoy el ganado antes sediento y diezmado. El árbol, como se ve, premió al hacendado de quien hablo, por su constancia y por su amor, y hoy este hacendado advierte con júbilo y renovadas esperanzas, cómo se ha acrecentado su ayer mermada fortuna.

Otro amigo, también en nuestro país, se puso a sembrar cedros amargos, las cercas de sus potreros, para que le sirvieran luego estas cercas, de estacones para sus alambres. Sembró por centenares, al cabo de treinta años se han reproducido por millares dentro de su posesión. El cedro florece en verano y nos produce un grano pequeñito, sus semillas en un copo de lana vegetal que el viento lleva en brazos cariñosos, más adelante, y deposita en la tierra donde nace con los primeros aguaceros de nuestra estación de lluvias. Ya sabéis queridos niños, que el cedro amargo produce madera preciosa, de grandísimo valor, a la que nunca entra el comején y que aprovechan los arquitectos y ebanistas para muebles de lujo y suntuosas construcciones. De modo que este otro sembrador está a punto de alcanzar hoy una fortuna y adquirir con ello comodidades y bienestar, que son el fruto de todo su amor al trabajo y al árbol.

Amad pues el árbol, ¡oh niños! y amad el campo donde nace, se desarrolla, florece y da sus frutos por obra natural.

Por el árbol es por lo que en el campo está la vida sana, pura y santa. Los vicios del mundo no tienen, en efecto, allí ningún arraigo, y de allí en el campo, bajo los cielos estrellados se admira y se ama a Dios.

Amando el árbol y el campo debéis también amar la agricultura. En ella se ha fundado, dice el gran Webster, la prosperidad y la civilización. Amad, ¡oh niños! y amad al agricultor pues es evidente que los que labran la tierra y siembran árboles y plantas para la vida, son los escogidos de Dios.

INAUGURACION DEL MONUMENTO A VASCO NUÑEZ DE BALBOA

**(Discurso pronunciado por el entonces Presidente de la
República, Dr. Belisario Porras el 29 de
setiembre de 1924)**

Señoras y Señores:

En presencia, al fin de este bello y grandioso monumento, que fue objeto de tantas meditaciones durante años para todos los que sentimos orgullo de descender de España –al verlo realizado ya, como ha llegado a serlo, por Panamá, en asocio de S. M. el Rey Alfonso XIII, y estos dos con cuarenta Municipalidades de la Madre Patria y quince países de nuestra América hispana– no puedo menos que recordar emocionado lo que hacían los romanos con los faustos acontecimientos: subían al Capitolio y le daban allí gracias a los dioses.

Dejadme deciros que para mí esta inauguración es un suceso de lo más feliz, porque el insigne descubridor de este Mar del Sur que desde aquí contemplamos, fue para mí uno de los héroes predilectos de mi adolescencia desde que conocí sus hazañas y su gran desventura.

Al igual de todos los demás niños, cuando estuve en esa dulce edad y comencé a leer libros fui escogiendo mis tipos y mis modelos de hombres, mis héroes predilectos, mis ídolos, a quienes aspiraba imitar. Tuve sucesivamente muchos, y entre ellos al gran Vasco Núñez de Balboa, quien figuró en primera línea y ha vivido todo el tiempo así en mi corazón. Estudiaba entonces la Historia Patria, y me ha sido imposible después olvidar los episodios salientes de la vida de ese hombre singular que poseía salud de hierro, fuerza de Hércules, valor de Rolando, y todo esto unido a la afabilidad más exquisita, a la bondad más dulce, al entendimiento más claro y a la más tierna compasión.

Hombres ya, en aquellos terribles tiempos en que la deuda era un delito que se purgaba con la cárcel, salió de Santo Domingo y embarcó en la nave del Bachiller Enciso, huyendo de sus acreedores por deudas contraídas a sus empresas de colono

agricultor, así como en busca de amplios horizontes para su genio. Escondido dentro de un tonel fue rodando hacia la playa, dando tumbos dentro de él en carrera vertiginosa al desprenderse el tonel de las manos del conductor, en un descuido, barranca abajo hasta ser casualmente detenido por un montón de madera a la orilla misma del mar.

Imaginamos, señores, los golpes y contusiones, las sacudidas, las posiciones diversas y las angustias de nuestro héroe dentro de semejante vehículo, con tal medio de locomoción. Imaginaos la privación de sueño y de alimentos durante un día y dos noches que duró su encierro y el natural quebranto por todo ello, y sin embargo, cuando al salir del tonel Enciso lo amenazara con arrojarlo al mar, y lo manda prender y atar –sereno y formidable como un superhombre– sujeto por la espalda la mano del esbirro que avanza a atacarle, y levantándolo sobre su cabeza como a un pelele se impone con ese gesto a la admiración del Bachiller, que lo perdona, y a la adoración de todos los tripulantes y soldados de la expedición, hombres temerarios todos, de su propio idioma, de su sangre y de su raza. Balboa no siente resentimiento; sonríe y alaba al bravucón que intentaba atacarlo: lo declara valiente, lo estimula y lo abraza, haciendo resaltar así sus heroicas cualidades por medio de su admirable sencillez...

Más adelante sobreviene un naufragio y es Balboa de los pocos que conservan la serenidad y el temple del corazón, por lo que hizo de Jefe, ayudando con hidalguía caballeresca a salvar parte del cargamento y al propio Bachiller, sucediendo en esa ocasión y en muchas otras siguientes, lo que sucede en tales casos, que el Jefe se impone por sus cualidades sobresalientes superiores. Así, encontrándose con aquel puñado de hombres incomparables, después del naufragio, apenas comenzado el viaje “en una playa hostil, asechados por salvajes enemigos, sin barcos para volver a su patria, perdidos todos los recursos, sus provisiones, su hacienda, sus esperanzas y hasta su ambición de gloria y riqueza”, y cuando nunca antes “el desengaño pudo mostrar una imagen suya más triste que aquella que ofrecía un grupo miserable de náufragos en la desierta playa de Urabá y a la luz indecisa y pálida de las estrellas”, he aquí que Balboa con su serenidad y su temple de alma toledano, fue quien: “dio dirección

a los desconcertados, valora los tímidos, esperanza a los escépticos, ansias de vivir a los que solo hablaban de la muerte y a todos confianza y coraje para seguir avanzando en su camino...”.

Es imposible pintar en un discurso la vida entera de un hombre extraordinario, como Vasco Núñez, orgullo de España y de toda su raza, pero no podré callar lo que más me hiere de él mi imaginación y bulle en mi memoria.

Mi asombro no acabará nunca al ver el héroe atravesando el Istmo con un puñado de hombres, a través de bosques vírgenes, poblados de fieras y combatiendo cuerpo a cuerpo con ellas; a través de pantanos y marismas, llenas de insectos y reptiles venenosos, con el agua o con el lodo al pecho, y también a través de ríos y canales, en cuyas aguas y riberas asechaban su presa los caimanes, grandes y terribles, capaces de partir en dos a un hombre con sus feroces mandíbulas, y en fin, en el aire los grandes murciélagos, verdaderos vampiros, de membranosas alas, sedientas de sangre caliente, y los tábanos crueles, y las nubes espesas de mosquitos zumbadores, y voraces, que quitaban el sueño e inoculaban, con sus picadas, las enfermedades y la muerte; así, con tan numerosas dificultades cruzó el Istmo cuatro veces, de un mar a otro, sin tener descanso y sin más alimento que algunas frutas silvestres, gran sufrido y gran aguantador, y cuando lo hizo la primera vez, a la vista de Francisco Pizarro, y de Diego Albítez, de Fabián Pérez, de Andrés Vera y de Sebastián de Guíjalba, así como de sesenta más, con el Notario Andrés de Valderrábano, todos de la raza de los titanes, capaces de conquistar y dominar la América entera si la envidia no los hubiera dividido y destruido entre sí, como los famosos soldados de Cadnio, bajó a la orilla del océano e “irguiéndose arrogante y altivo, con un continente soberbio que le daba apariencia de gigante, se metió dentro de sus aguas y tomó posesión de él con uno de los gestos y con frases más orgullosas y sorprendentes que se conozcan”. Cómo olvidar, ni callar tampoco, la muerte de tan insigne hombre de quien hablo, por obra solo de la baja envidia, en los momentos en que acaba de recorrer en barcos construidos por él, parte considerable del Golfo de Panamá, y había descubierto el Archipiélago de las Perlas, y cuando se preparaba ya a conquistar el imperio de los Incas, después de hacer su tercer viaje a través

del Istmo, cargando al hombro con sus soldados de hierro las quillas, el maderamen, arboladura y jarcias de naves. No, ¡imposible! Todavía me parece estar aprendiéndolo muchacho, en mi última lección sobre el héroe. Murió por el delito de ser grande y noble, y esforzado y valiente, y de hallarse ya escalado las graderías de la inmortalidad.

Aquí está al fin el héroe; su cuerpo se ha hundido en el polvo, pero su gran nombre ha crecido gigante. Su fama resplandece como una gran luz a través de los cielos. Su grandeza reside en todo él. Pedro Martyr lo llama Digladiator. Fue lo que constituye un conductor de pueblos que tiene confianza en sí mismo, que domina el ambiente, no por la violencia, sino por el magnetismo de una persona y por algo incomprensible o inexplicable para los humanos.

¡Héroe! Aquí quedarás como una reparación y como un ejemplo y como un modelo de tu raza. Qué los jóvenes de mi país aprendan a ser sufridos y emprendedores como tú y surjan, y se guarden de la envidia y de las bajas pasiones de sus enemigos. Que sirvas aquí para recuerdo de la Madre España, fecunda, que dio al mundo soldados de hierro; héroes sufridos; titanes que dominaban el mar y sus peligros, y las tierras desconocidas y todo los enriagos que habitan; exploradores sin miedo; conquistadores invulnerables y colonizadores sabios. Bien estás aquí; Vasco Núñez de Balboa, a orillas de este mar que descubriste, contemplándolo y oyendo sus rumores con amor. Bien quedas aquí, consagrado a la admiración de mi pueblo y de mi raza y de todos los hombres que pasan por mi país, cómodamente hoy siguiendo tus huellas, pagándote el tributo que te es debido, oh Precursor, Adelantado, insigne, ¡oh Héroe sin igual!

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCELENTISIMO
SEÑOR DOCTOR BELISARIO PORRAS EN LA
INAUGURACION DEL NUEVO HOSPITAL SANTO TOMAS
EL DIA 1º DE SETIEMBRE DE 1924**

Nobles damas y distinguidos caballeros:
Señores todos:

No sé bien en dónde, porque no he tenido tiempo de rectificarlo o confirmarlo; no sé bien en dónde he leído que hay en el mundo una verdad mortificante que debiera enseñar a los sabios a ser humildes, y esa verdad es la de que muchos de los más valiosos descubrimientos que se han alcanzado han sido casi siempre el resultado de una pura casualidad. El gran Newton, de quien se dice que descubrió la ley de la gravitación universal, al ver caer, acostado debajo de un manzano, uno de sus frutos, solía decir modestamente esto; “Si yo he hecho alguna vez algún valioso descubrimiento ha sido debido mucho más a mi paciente atención que a ningún otro talento”.

He comenzado haciendos tal recuerdo porque deseo imponeros de cómo... descubrí?... o advertí la necesidad imperiosa de construir este Hospital Santo Tomás modelo.

Escuchadme y lo sabréis.

Tengo en el caserío de Cocobolas, en Las Tablas, un amigo y pariente a quien he querido vivamente, descendiente de puros españoles, de padres a hijos, en unas seis generaciones, desde los tiempos coloniales. Es un hombre blanco y rubio, alto y musculoso y fuerte, muy inteligente y muy valiente; cuentero, coplero y poeta o ministril del campo.

Viajar con él es de lo más entretenido. Durante la revolución fue Jefe de Brigada y debido a él nunca sentimos los rigores de las marchas en caballos cansados o a pie, o de los acontecimientos bajo el agua o sobre el agua. ¡Qué hombre tan dicharachero e ingenioso este hijo de mi pueblo!

De sus cuentos era de desternillarse de risa, oyéndole el de Los Churucos o del Micho Coloruo. Bocaccio no compuso nunca uno igual.

Pues bien, había llegado yo al Poder por la voluntad y adhesión inquebrantables del más noble, fiel y leal pueblo en el mundo, y Toto, que así le dicen a mi amigo por cariño, estaba deseoso de venir a Panamá a verme sentado en la silla, según su expresión gráfica, cuando he aquí que llegó a mis oídos la terrible noticia de su desgracia.

Había una fiesta de toros en mi pueblo natal, de las que hay siempre allá por el 20 de julio de cada año, dedicada a la amada patrona del pueblo, Santa Librada. Los portales todos de las casas de la plaza del pueblo estaban defendidos por barreras de cañas y por fuertes barrotes. El toro bravo estaba en la plaza y había ya tumbado y corneado a muchos.

Tenía lugar el interregno que precede a la pegada de la banderilla y había una gran espectación. De pronto, una viejecita bajó de uno de los portales y se decidió a cruzar una esquina de la plaza por la base del triángulo. El toro, que andaba cerca de ese sitio, se precipitó sobre ella, derribándola, y se preparaba ya para acabarla en el suelo, cuando he aquí que salta de la barrera de un portal vecino un hombre blanco y rubio, alto y musculoso y fuerte, que se avalanza sobre el toro, se acerca a él por detrás, lo agarra con ambas manos por la cola, lo tira hacia sí con tal fuerza que se lo echa encima y cae debajo de él... Un grito agudo, doloroso, se oyó como el de un destripado, grito que fue seguido de un vocerío inmenso de más de tres o cuatro mil gargantas que resonó tremendo por todos los ámbitos. El gentío se precipitó luego de todos los portales hacia el sitio del horrible drama, ahuyenta al fiero animal y recoge a Toto con ambas piernas rotas. Desconsolador espectáculo fue el de ver a aquel hombre singular, blanco y rubio, alto, musculoso y fuerte, que no se podía poner en pie. El pesar de la multitud fue hondo, y lo fue así, no tanto por lo amado de todos que era aquel hombre malferido, cuanto por su acción generosa, noble y desinteresada por su sacrificio por una pobre y desvalida mujer. Lo llevaron en camilla a su casa, a Cocobolas, y cuando llegó hasta mí la noticia de que los curanderos de mi pueblo, unos nuevos doctores Sangredo, se proponían colgarlo por las piernas de la solera de su casa para enderezárselas, entristecido, le escribí, llamándolo, con el ofrecimiento de hacerlo llevar en camilla al puerto, embarcarlo en nave especial,

desembarcarlo aquí del propio modo y llevarlo a nuestro Hospital Santo Tomás para que sabios cirujanos lo curaran. El me contestó así:

“Imposible, mi dotol, yo no iré a su Hospital, que es a mi vel la puerta de entrada al cementerio de la ciudad. Déjeme moril aquí...”.

Aunque esta respuesta me desconcertó un poco, insistí en que viniera mi amigo y me dirigí al Hospital Santo Tomás, que no había visto nunca, a visitarlo y a escoger un cuarto adecuado para él. A pesar de las reparaciones y ensanche que le habían hecho, por acuerdo, hacía unos siete años, entre las autoridades de la República y las de la Zona del Canal, el antiguo asilo fundado en 1695 por el Ilustrísimo señor Obispo D. Diego Ladrón de Guevara –a doscientas varas del cementerio de la ciudad– destinado en ese tiempo para mujeres pobres y luego para hombres igualmente pobres, que regentaron por mucho tiempo las Hermanas de la Caridad, me pareció una desgracia, y convine con Toto en que tenía que ser, sin duda ninguna, la puerta de entrada al cementerio de la ciudad.

Todo el mundo sabe que ese Hospital que desde 1519, a raíz de la fundación de Panamá la Vieja, y más tarde desde 1695, a poco de la fundación de Panamá la Nueva, figuró como asilo para enfermos pobres, era la más antigua institución de su clase en toda nuestra América, y por eso, a pesar de sus reparaciones, se estaba deshaciendo... Por lo demás colocado en el centro de la parte más bulliciosa y polvorienta de la ciudad, con una vuelta del tranvía en frente de su entrada principal, con el rechinar de la ruedas de éste en los rieles, con el ruido de las bocinas de los carros, con los gritos de los vendedores ambulantes de dulces y de frutas, en una calle sin aire y de calor sofocante, por donde transitan las carrozas de los muertos y los enlutados acompañantes, más que Hospital me pareció uno de los círculos del infierno del Dante, en donde agonizaban, atormentados, numerosos, desgraciados... Entristecido, pensé en un nuevo Hospital, y Toto se quedó en Las Tablas, en donde logró al fin enderezarse las piernas quebradas, tal vez colgado de la solera de su casa por unos cuantos curanderos, nuevos Doctores Sangredo, de mi pueblo natal...

¿Cómo hacer en un país pobre como el nuestro? Había un gran recurso; el de convertir la Lotería existente, cuya concesión estaba ya a punto de concluir, en Lotería Nacional de Beneficencia, y así se hizo, logrando, por la sabia organización que se le dio, que produjera anualmente muy cerca de un millón de balboas. La lucha fue dura y cruel y los sufrimientos incontables. ¿Para qué referirlos? Insultos a mañana y tarde y resistencias formidables, inauditas, por otra, en contra de su establecimiento; pero se estableció por la ley y con su producto hemos hecho grandes cosas. Sostenemos debidamente el Hospital que tenemos y nueve más provinciales de emergencia que hemos fundado; sacamos de la vecindad de la Zahurda el Asilo Bolívar, de Desamparados, y lo sostenemos hoy en vastos terrenos que le hemos dado, con numerosas viviendas, una hermosa capilla e instalaciones de agua y de luz en las afueras de la ciudad.

Sostenemos los leprosos y los locos que internamos en Palo Seco y en Corozal. Subvencionamos a las Hermanitas de la Caridad de Colón y a las de Panamá, del propio modo que al Hospicio de los buenos Hermanos Salesianos, a la Cruz Roja Nacional, a los Talleres Escuelas, y a la Sociedad de San Vicente de Paul; hemos fundado y sostenemos dos Asilos más, el de Huérfanas de las excelentes Hermanitas de María Auxiliadora y el de la infancia desvalida de las dulces Madrecitas Betlemitas. A pesar de las esplendideces, empleadas, con tan numerosos establecimientos de beneficencia, con el saldo que nos venía quedando en seis años, hemos podido gastar cerca de tres millones de balboas en levantar este bello y útil monumento, que no es solo una obra de beneficencia y caridad sino del propio modo de ornato, de embellecimiento, de alto patriotismo y de profundo amor.

He podido juzgar por mí mismo y por mis observaciones con los demás, que para ser buen ciudadano es preciso ser inteligente y musculoso y fuerte, emprendedor y valiente, y poseer las perspectivas de la felicidad, y nada de esto se puede alcanzar sin un alma sana y vigorosa, completamente sana, como dicen los pedagogos, en un cuerpo perfectamente sano también. Estimo que esta es una ley física y moral por todas partes, más sensible todavía con los hombres que habitan, como nosotros, en la Zona

ardiente de los trópicos, pues el calor excesivo y permanente, así como el sudor, son suficientes para extenuarlos, incapacitarlos y reducirlos a la más completa impotencia.

De modo que por sobre todos los problemas, las sociedades humanas deben empeñarse en resolver el de la conservación de un cuerpo perfecto de la raza para lograr coronarlo con un cerebro perfecto y una voluntad firme y viril y una imaginación vivaz. La mayor parte de las dificultades de hombres y mujeres, que los hacen infelices, provienen de su mal estado de salud. Sin salud, la vida no es vida; es un sufrimiento y una desesperanza; es una carga pesada para uno mismo, para su familia y para los demás.

Es el bien negativo que no se aprecia sino cuando lo perdemos. Es el alma de todos los goces de la vida y el sustentáculo de todos nuestros deberes. Sin ella no hay conciencia, que es la raíz del carácter, ni hay carácter, ni hay valor, que es lo más esencial del carácter, ni hay razonamientos, que son los resultados del valor.

Así, pues, las dos grandes cosas que los maestros deben enseñar a sus discípulos son la moralidad y la salud.

Sangre limpia y pura y buenas costumbres. No se pueden poseer alegrías y virtudes sin salud y es bien sabido que la alegría es la madre cariñosa de todas las esperanzas y la virtud el alma de nuestras democracias.

De algún viejo experimentado, o de algún médico amigo he oído decir que una buena digestión es tan obligatoria como una buena conciencia y que una sangre limpia y pura, sin lepra o sin sífilis, sin infecciones microbianas, es tan parte de la humanidad como una fe pura e inquebrantable.

Convencido de todo esto y de que no hay nada, absolutamente nada, más importante para nuestro país como la buena salud de sus hombres y mujeres, me puse a la obra hace ya seis años, y he aquí; señores, todo lo que hemos hecho en esto: primero, hemos limpiado de uncinaria a nuestro interior mediterráneo, de tal modo que no vemos ya ni muchachos ni hombres pálidos, jipatos, barrigones y perezosos en nuestras provincias, y luego, hemos levantado estos pabellones sorprendentes, como no existen otros en nuestra América, y en medio de ellos, el lindo Laboratorio, que hemos dedicado al sabio cubano Finlay, de puertas tan perfectas,

tan bien hechas, tan adecuado y perfecto, que al visitarlo conmigo el sabio médico y profesor Strong, de la Universidad de Harvard, después de recorrerlo y contemplarlo extasiado, se volvió a mí y dijo con emoción esto:

“Doctor Porras: we have nothing of this in the States”.

Aquí nos encontramos a unos cinco mil metros distantes del cementerio de la ciudad, no en calle estrecha, polvorienta y bulliciosa, sin aire y sin luz, sino al contrario, en un gran espacio, con amplios jardines y calles limpias y aireadas, por donde no pasan las carrozas con cadáveres, ni los acompañantes enlutados y tristes, en donde no se oyen rechinar las ruedas de ningún tranvía, ni los gritos de los vendedores ambulantes, sin ninguna bulla, sino, al contrario, en la mayor tranquilidad y en la mayor serenidad, rodeados de dulces comodidades, con espaciosas y frescas habitaciones, con asistencia esmerada, suave y dulce también, a la vista del más bello de los panoramas: el de la ciudad de noche, iluminada y llena de jolgorios y alegrías, y el del mar durante el día, con sus olas irisadas y sus horizontes cambiantes, coloreados e indefinidos a veces con sus grandes nubes blancas, como grandes motas de algodón; con espejismos que reproducen en el alma los de nuestras caras esperanzas e ilusiones; las naves que llegan con sus velas desplegadas al viento de la mañana, con los productos del interior, o que regresan en la tarde a sus puertos nativos con el fruto de las faenas finales, y por todo el ambiente, junto con el murmullo de las olas, los cantos de alegría de sentirse fuertes y sanos y buenos y de querer y de poder vivir...

Algunos de mis adversarios no han podido perdonarme ni esta obra de caridad dulce y bendecida. No me han insultado por ella, es verdad, como lo hicieron, por ejemplo, por la compra de este terreno cuando la celebración del aniversario del descubrimiento del Pacífico, ni cuando el saneamiento y la urbanización de él; ni cuando se construyeron los dos palacios blancos y el de Administración, el de la Normal y el de Educación, no, en esta vez no he sido insultado, pero sí dicen a menudo, como adoloridos, en reproche, que se han gastado millones... Es verdad; esta obra enorme e imperecedera ha costado millones, pero debemos reconocer que no han caído a la orilla del camino

para ser la presa de otros, ni en rocas, sino en terreno fértil y producirán, seguro estoy, suficientemente para borrar todas las ingratitudes, pudiendo hacer con ellos, como hemos hecho, una obra de belleza y de gracia que hará mucho mejor de lo que es a mi país, con esta particularidad, que el enorme cerro de balboas que representan no ha sido tomado de las rentas ordinarias, ni han implicado sacrificios para nadie, sino que simplemente y puramente (excusadme que lo diga) fue fraguado, fabricado, amontonado o forjado con energías inintimidables y entregado luego a la Nación por una integridad y patriotismo incontrastables, para realizar con él este imperecedero monumento de amor y para otros muchos (pues la mina es inagotable) que levantarán mis sucesores con el mismo entusiasmo y la misma indomable decisión que se ha desplegado con éste. De estos monumentos me atrevo desde luego a pedir sea llevado a cabo, de los primeros, el Instituto Gorgas, que fue acordado, delineado y resuelto ya por mi Gobierno y constituye la más valiosa deuda de gratitud para con el hombre, todo bondad, que nos enseñó a vivir alegres y sanos, fuertes, emprendedores y felices.

Señores:

También yo tengo una deuda inmensa de gratitud que he querido pagar, y ésta es con el pueblo de mi país, y sobre todo, con la parte más humilde de este pueblo que ha sido conmigo tan adicto, tan firme y tan fiel, y me ha parecido que nunca podría pagar mejor esa deuda como dedicándole estos Palacios que, a la vez que mansiones de la Caridad, lo son también de la Salud, que es la fuente segura de la inteligencia, del carácter y del valor. Al inaugurarlos hoy como lo hago a nombre de la República, quiero rendirles a los humildes, pequeños y tristes del pueblo de mi país el homenaje más ferviente de mi corazón con esta dedicatoria de amor y de sincera gratitud.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL EXCELENTISIMO
SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE PANAMA,
DOCTOR BELISARIO PORRAS, EN LA INAUGURACION
DEL EDIFICIO DE LOS ARCHIVOS NACIONALES,
EL DIA 15 DE AGOSTO DE 1924**

Señores:

He leído algunos libros, relaciones y conceptos sobre el progreso humano, y podría a mi vez deciros algo sobre ese movimiento incontenible del hombre que ha hecho patético un célebre escritor francés con el título de uno de sus libros y con su brillante contenido, así: "El mundo marcha". Nada hay, efectivamente, estable en el mundo. Lo que no avanza retrocede. La verdadera ley del hombre y de la raza es el desarrollo progresivo. El progreso es la ley de la vida, tanto en lo físico como en lo moral. El que es bueno llega regularmente a ser mejor y el que es malo, aunque puede llegar a ser peor, encuentra en los recónditos resortes de su propio ser el impulso ascensional hacia el bien. El hombre más sabio puede ser más sabio hoy de lo que fue ayer y mañana de lo que es hoy. El mismo pasado es traído presuntuosamente adelante como un precedente para la actualidad, fue fundado en algún pasado anterior que vino antes que él. Emerson, el gran pensador americano, ha dicho sobre esto que todos nuestros progresos se han venido desplegando poco a poco, como la flor y el fruto vegetal. Tenéis, primero, en efecto, un instinto, después una opinión, más tarde un conocimiento, y, por último, una convicción, como la planta tiene raíces primero, cogollo y botón, en seguida, y flor y fruto, al fin. Es evidente que "si el hombre no se está levantando para ser un ángel, está hundiéndose para ser un diablo". No se puede detener.

Todo esto y muchas cosas más, muy bellas, son sabidas de memoria y están escritas: pero no es muy conocido el proceso de ese movimiento, las resistencias que encuentra cuando se efectúa en el sentido del bien, las dificultades que ocurren, los enemigos que tiene, como son la ignorancia, la pereza, y los vicios todos que lo corrompen e inutilizan, abierta y ocultamente. Es preciso haber sido como lo he sido yo, instrumento ocasional de ese movimiento

para conocer ese proceso, las envidias que acarrea y los sufrimientos que impone, cuántas imputaciones se reciben y cuántas enenanzas hay que dar, los desalientos que se sienten y el valor cívico que se necesita, cuánta probidad y perspicacia son indispensables, y cuántos esfuerzos hay que hacer para coronarlo y llevarlo en triunfo.

Respecto a este edificio y de los importantes papeles a los cuales va a servir de morada, puedo decir que mi instinto y mi opinión sobre él, y mi conocimiento y mi convicción, nacieron sucesivamente hace mucho tiempo. Primero vi botar en la playa por un secretario de la Gobernación del Departamento Panameño los archivos que existían en el Palacio que servía a la Gobernación en los tiempos colombianos y que es el mismo que construyó el Oidor don Luis de Losada y Quiñonez, después del incendio de Panamá La Vieja, reedificado últimamente. También vi botar los archivos de la Corte Superior de Justicia, hoy Suprema, por un Magistrado de ese Tribunal. Tranquilamente... Alegremente. Ya no tendremos polillas, ni polvo, se decían. ¡Ah! ¡Cuántos papeles importantes del tiempo viejo se llevaron las olas! ¡Cuántos tesoros de nuestra historia se perdieron! ¡Cuántas constancias de nuestra vida colonial y nuestra separación de España, y de nuestra vida independiente se ahogaron!

Nuestro mismo clima es enemigo de los papeles. Los insectos que se crían y multiplican en nuestros trópicos los atacan, lo mismo que nuestro sol que los descolora y nuestra humedad que los deshace. Y son enemigos de ellos igualmente nuestras gentes. ¿Para qué guardar papeles? Cuando yo, después de haber viajado y visto en Londres las Oficinas de los Archivos Públicos de la Chancery; en París, los de la Historia de Francia; en Bruselas, los Archivos Generales del Reino y en Washington los de la Sección que de ellos guarda la Biblioteca del Congreso, y cuando yo, después de creados los Archivos Nacionales en mi país, durante mi primera administración, quise construir para ellos esta casa, el empleado extranjero que teníamos de Auditor o Agente Fiscal, le preguntó a uno de mis subalternos, paisano nuestro de alta posición, que qué sería lo que yo deseaba, y el subalterno le contestó: “La verdad es que al Doctor Porras le ha dado ahora por los papeles viejos”, y con la mano derecha sobre la cabeza le daba

vueltas al índice de ella para indicar mi manía o mi locura de entonces... Enseguida, ese empleado extranjero, con la lógica del subalterno, me escribió, proponiéndome la construcción de una bóveda o de un sótano para guardar esos papeles...

Felizmente, señores, la manía se ha realizado y aquí en este bello edificio que podría rivalizar con cualquiera de los bellos templos de la antigua Gran Grecia, obra espléndida de nuestro querido arquitecto Leonardo Villanueva Meyer, aquí los guardaremos, depositando en él las pruebas de nuestros derechos, la relación de todos los incidentes más palpitantes de nuestra vida pública, administrativa y política, fiscal y judicial, y bien podrán así, por medio de ellos, las generaciones que nos sigan reconstruir nuestra vida de hoy, nuestras alegrías y tristezas, nuestros triunfos y nuestros infortunios, en suma nuestra historia toda.

Por todo esto, es evidente que no nos hemos quedado a la vera del camino, ni nos hemos mantenido en la ociosidad. Este bello monumento es una de las innumerables obras materiales y artísticas, intelectuales y morales que hemos hecho. Hemos crecido trabajando adquiriendo cordura. Somos hoy más prudentes y más sabios que nuestros antepasados. Nacimos ayer, y sin embargo, nos hemos venido levantando sobre más altas esferas, en las cuales nuevas y nuevas luminarias se han venido abriendo los cielos, casi inmediatamente sobre nosotros. Los pueblos que se detienen en la marcha de sus conquistas son arrojados o expulsados o esclavizados por otros pueblos, o como dice Mazzini, el gran italiano, cada generación que pasa ociosa sobre la tierra, sin añadir algo al progreso, no es inscrita en el registro de la humanidad y las generaciones que la siguen pisotean sus cenizas como polvo. Hemos creado instituciones que nos dan derecho a ser considerados como un país, todo un país, y hemos levantado monumentos que aunque vengan cataclismos que nos hundan no nos dejarán olvidados y nos harán ser recordados siempre con respeto y con amor.

DISCURSO DEL DR. BELISARIO PORRAS
CON MOTIVO DEL DIA DE LA HISPANIDAD
(Fragmento)

Señoras y Señores:

Las distinguidas damas del Comité Panamericano de Panamá me han acordado el honor de ser el orador en este día, sobre el papel de la mujer latinoamericana en la sociedad futura. Hoy es un día solemne en el cual conmemoramos un hecho portentoso de la Historia del Mundo, el descubrimiento de América, debido a la intrepidez de un marino, y a la visión y desprendimiento de una mujer destacada por la templanza de su carácter.

La oportunidad no puede ser más feliz para rendir nuestro tributo de admiración a esa mujer, símbolo de la mujer latina, que se distinguió en el mundo por sus principios, por su inteligencia, por su energía y por su preocupación por los humildes de nuestra América, ella sacrificó su salud y sus tesoros, por la misión que se había impuesto para beneficio de la humanidad.

Nosotros pensamos en la mujer latina de hoy, sin desconocer que su primera tarea es el hogar, en donde figuran tantas heroínas calladas, sin historia, sin jactancia, pacientes y sufridas, indulgentes y dulces, condescendientes, desinteresadas y siempre pensando en la unión familiar.

Pero pienso también en las otras, la mujer como Juana de Arco, como Santa Teresa de Jesús, la una educó su voluntad para hacerla indomable, luchó por la consolidación de su patria hasta el sacrificio de su propia vida, la otra, tal vez a causa de la independencia de su carácter y pasión por un ideal, no fue sino “un ángel perdido en la tierra” y obligada a arrastrar en la sombra de su humildad su enorme talento.

Pienso también en Agustinila, esa hija del pueblo, que por amor a Zaragoza que estaba en peligro de caer en manos del enemigo, se convirtió en una llama, enardeció su pecho y ella misma se convirtió en un incendio, y así ese patriotismo, logró defenderla y salvarla.

Sería imposible enumerar todas las mujeres de la raza latina que han alcanzado merecida fama, ora bien por su sabiduría, por

su heroísmo, por sus hechos, por su devoción, o por sus votos de santidad.

En España pasan de legiones las mujeres que han alcanzado celebridad por defender a su patria, o aquellas que se han destacado por su talento.

¿Pero quien no sabe lo que significa para nosotros Sor Juana Inés de la Cruz, que repleta todo un siglo con sus voces, unas de amor y otras de protesta ¿Quién no ha leído a Juana de Ibarbouru, Alfonsina Storni o a Gabriela Mistral?

Y ya que viene a cuento, quien no conoce la hazaña de Policarpa Salavaterra, cuyo anagrama es “muere por salvar la patria” y efectivamente murió en un cadalso por salvar a la suya.

Nosotros no debemos olvidar a nuestra Amelia Denis de Ycaza, la poetisa panameña, así como a nuestras educadoras de excepción, como Marina Ucrós, educadora de la juventud, así como a nuestra Nicolle Garay, la violeta panameña, de quien podría decirse que posee múltiples méritos como artista, y a quien todo el mundo distingue por sus virtudes, ella posee la modestia del verdadero mérito.

Señoras, el feminismo es para mi devoción a las virtudes del hogar, creo como el gran educador norteamericano Harley, catedrático de la Universidad de Yale, que el papel más importante de la mujer en la sociedad es la de ser madre, para él la mujer es maestra por devoción, debe serlo en el hogar y debe serlo como insustituible educadora en el aula de clases.

No debemos jamas olvidar la respuesta que dio Napoleón a Madame de Campan cuando ésta le preguntó... ¿Y cómo lograríamos hacer mejores ciudadanos? Y el emperador le respondió sin vacilar... ¿Teniendo mejores madres.”

No deseo para la mujer un papel de vasallaje, soy de los que creen que la mujer fue sacada del hombre. No de su cabeza como Minerva, ni de sus pies para pisotearla, sino de su costado, para que fuese igual a él, bajo su brazo, pero junto a su corazón para ser amada.

Entre los romanos de los primeros siglos la encontramos siempre venerada, el primer papel de la mujer romana era ser madre, ellas velaban por el hogar, por la familia como su más importante tarea. Es Tácito el historiador quien nos abunda en ejemplos.

Al pasar del umbral de su casa, la mujer romana decía a su marido... "Donde tú eres dueño, yo soy dueña". En los asuntos del Estado, cuantos acudían a ellas para pedirle su intersección en los asuntos más delicados.

Yo conocí mujeres de a caballo, que galopaban al lado de sus maridos, como la Anita, compañera inseparable de Garibaldi en sus luchas revolucionarias en el Paraguay. Ella pasaba revista a las tropas y arengaba a los combatientes.

Algunos escritores aseguran que el sufragio femenino es sajón, pero esto no es cierto, pues ya entre los romanos encontramos el ejemplo de que si las mujeres no votaban en forma directa, recomendaban sus candidatos.

Señoras del Comité y Señoras todas, siento que el fundamento de todas las grandezas humanas está en las pequeñas y en las grandes virtudes humanas, cultivadlas con amor para abroquelaros y para hacer fuertes a vuestros hijos, que en suma lo serán para vuestra patria; cultivad vuestra templanza en la seguridad de que en llegando la ocasión, esas virtudes se multiplicaran en vuestros hijos.

Pero por encima de todo, continuad siendo poesía, en el mismo sentido en que las estrellas lo son del cielo. No dejéis de ser madres, no dejéis de ser maestras, no dejéis de continuar siendo nuestro principal motivo de inspiración.

(12 de octubre de 1924)